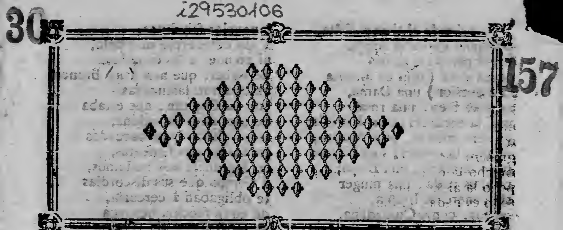
i29530106



RELACION DE LOS AMANTES DE TERUEL.

[stamp] HAZAÑ

Del Doctor Juan Perez de Montalvan.

EN Teruel, Principe Augusto,
Cesar invicto de Roma,
Emperador de Alemania,
y gran Monarca de Europa:
en Teruel Ciudad Insigne
de Aragon, y su Corona,
Reyno à parte, y Reyno tuyo,
que es en èl su mayor gloria,
naci, pluguiese à los Cielos
fuera mi vida tan corta,
que en la clausula de un dia
huviera cabido toda:
que vivir para ser pobre,
y mas en la edad de ahora,
bien puede llamarse vida,
mas es vida muy penosa.
Dexo à parte mi crianza,
supongo mi executoria,
paso por el ser bien quisto,
y voy solo à lo que importa,

por-

porque donde el tiempo falta,
qualquier episodio sobra.
Vivia pared en medio
de mi casa (aqui es forzosa
la digresion) una Dama,
no dixe bien, una rosa;
mal la encarecì, una Estrella;
grosero anduve, una Aurora;
mucho la ofendì, una Venus;
poco la alabè, una Diosa;
todo es nada, una muger
sin genero de lisonja,
cortés, como Ciudadana,
firme, como Labradora,
noble como Montañesa,
compuesta, como señora,
discreta, como mil feas,
y linda, como ella sola.
Esto pase por pintura
de las prendas, que le adornan
à Isabèl, y sobre todo
ser de mi gusto, que monta
mas que todo lo demás,
que para quien se enamora,
la que mejor le parece
es sola la mas hermosa.
Pedila en fin à su padre
el qual (ay tristes memorias)
despues de otros muchos lances,
que huvo de una parte, y otra,
me respondiò, que sin duda
fuera mia la victoria,
à tener yo el mayorazgo
de un Don Fernando Gamboa,
hombre rico, que à este tiempo
solicitaba sus bodas.
Yo entonces, viendo que solo
era falta poderosa
para perderla, el ser pobre,
porque ya el serlo es deshonra;
para ser rico le pido
termino, y èl me lo otorga
por tres años, y tres dias:
acciones, señor, que todas
cosas de su dueño parecen,
ò novelas fabulosas.
Y sin detenerme un punto,
ni atender à las congoxas
de Isabèl, que aun à los bronces
ablandaràn lastimosas,
con un Capitan, que estaba
de partida à Barcelona,
sentè plaza, y embarcados
en dos fuertes Galeotas,
en Florencia nos hallamos,
à tiempo que sus discordias
te obligaban à cercarla,
de cuya faccion heroyca
era el Principe de Orange
General por tu persona.
Aquì he menester, Señor,
que tu Magestad me oyga
con admiracion: bien puedo
decirlo de aquesta forma:
pues en una escaramuza,
que tuvimos peligrosa,
sobre estorvar un socorro
con la gente de Saxonia,
à mi Maese de Campo
Juan de Urbina, honor, y gloria
de Madrid, vi atravesar
el pecho con dos pelotas,
que Felipe de Bullon
(caudillo de aquella tropa)
le tirò desde un caballo,
hijo adoptivo de Boreas.
Yo entonces de vér, corrido,
del Saxòn la vanagloria,
y de los nuestros la pena,
que mudamente la lloran,
rompiendo por todos quantos
estaban à la redonda,
vine à emparejar con èl,
el qual de mi furia loca
queriendo satisfacerse,
alza la cuchilla corva,
para alcanzarme mejor
sobre el caballo se dobla;
mas yo cubriendome todo
de una rodela Española,

el

el golpe reparo, y vuelvo
con tal presteza la hoja,
que le llevè de un rebés
muñeca, espada, y manopla.
Y volviendome à mi puesto,
antes que el paso me coxan,
sino presumido, ufano
quedè de accion tan ayrosa;
porque aunque no le matè
por estár tantos de escolta,
me pareciò, que havia sido
venganza mas rigorosa
hacer zurdo à un hombre noble,
que matarle à toda costa.
Rendida Florencia, luego
pasè con Andrea Doria
à Petrarso, y à Canton,
Patria de Plutarco honrosa,
y restauradas sus plazas,
corrì de Grecia la costa,
hasta que en Puerto Fariens
fue mi suerte tan dichosa,
que encontrè à tu Magestad,
que en busca de Barbarroja,
doblando el cabo à Cartago,
lleno de marciales pompas,
daba fondo en la Goleta,
por mas señas, que las olas
se enfurecieron de modo
con una marea sorda,
que al saltar en un esquife
por el lado de la popa,
zozobrò à vista de todos
la maritima carroza:
y apenas te vì caìdò,
quando al paramo de aljofar
ligero buzo me arrojo,
y tu Cesarea persona
saco en mis brazos, rompiendo
montes de texidas olas,
que intrepidas batallaban
por volverme à hurtar la joya.
Puesto cerco à la Goleta,
por un portillo de sogas
subì, trepando hasta arriba,
sin que bastasen pistolas,
lanzas, picas, chuzos, flechas,
mosquetes, tiros, ni bombas,
à echarme de la muralla,
adonde matè en una hora
tanto numero de Turcos,
y de Moros tanta copia,
que quando quiso acudir
al socorro Barbarroja,
no huvo menester escalas
para sus murallas proprias:
porque eran los muertos tantos,
que al romper por las marlotas,
su multitud azinada
servia de plataforma.
En Tunez hize lo mismo,
sobre las Almenas roxas
tremolando el Estandarte
de tus Aguilas de Roma.
Y todo à fin, gran señor,
que asi lo diga perdona,
de enriquecer, por si puedo
(ojalà amor lo disponga!)
mejorando de fortuna,
gozar de mi amada esposa.
Pero viendo que no tengo
fortuna en ninguna cosa,
que mis finezas se pierden,
que mis hazañas se ignoran,
que los despojos me huyen,
que los hados me baldonan,
que mi esperanza fallece,
que el tiempo corre la posta,
que Isabèl espera el plazo,
que los Cielos me lo estorvan,
y que à mi pesar, en fin,
se han de celebrar sus bodas,
desdicha, que ha de matarme,
à la larga, ò à la corta:
à este criado, que siempre
me ha seguido en mis derrotas,
le roguè, que me matase
por modo de buena obra.
Esta, Señor, es mi vida,
mi amor, mi pena, mi historia,
y

y la causa, que he tenido
para una faccion tan loca.
Si ruegos, ansias, servicios,
asaltos, triunfos, victorias,
lagrymas, sustos, trabajos,
afficciones, y congoxas
valen para merecer
de tus manos generosas
premio alguno, que equivalga
al intento, que me exhorta:
haz cuenta, señor, haz cuenta,
que me la dás de limosna,
y que como Dios, me haces
de nuevo, porque conozca
Aragon, España, el Mundo,
que à tus rayos, y à tu sombra
la mas adversa fortuna
se desmiente, y se mejora.
Y tambien, porque un amor
el mas fino, que hasta ahora
ha visto el mundo, se logre,
y à pesar de quien le enoja,
al fin llegue, que desea:
con cuya faccion heroyca,
tu grandeza se sublima,
mi voluntad se corona,
la virtud queda triunfante,
el poder sus fuerzas postra,
Don Fernando pierde el premio,
mi afecto gana la joya,
Isabél me dà su mano,
su padre me galardona,
y yo la vida redimo,
porque siendo ella mi esposa,
no hay dolor, que me compita,
ni pena, que se me oponga.

FIN.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de Don Luis de Ramos y Coria, donde se hallarà de todo surtimiento, y Estampas.